

LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

Año V. — Número 1.258.

FUNDADOR: DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ

Sábado 3 de Mayo de 1873

EL PODER EJECUTIVO

DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Y sus efectos.

Todo periodo electoral lleva en sí mismo grandísima importancia, porque agita las ideas en su pugna para pasar de las inteligencias a las leyes, y porque abre el juicio de los ciudadanos sobre los poderes públicos. Mas cuando se trata, no de juzgar, sino de fundar el poder; cuando se trata, no de lentos progresos, sino de innovaciones profundísimas; cuando se trata de sustituir a las formas de gobierno propias para contener el privilegio las formas de gobierno propias para contener el derecho, la importancia del periodo electoral traspasa el tiempo presente, y a todos los tiempos y a todas las generaciones trasciende.

El Poder ejecutivo se crea indigno de su alto ministerio y de la confianza que ha merecido de la nación si no recordase al cuerpo electoral cómo de sus decisiones soberanas pende ahora la suerte de la patria, en tal grado, que si errase en las ideas y se extravíase en las resoluciones, verase el suicidio de un pueblo. Si el suicidio de un pueblo, porque en plena posesión de sí mismo, libre en expresar su pensamiento, libre en emitir su sufragio, sin ninguna presión administrativa ni política, sin poder ninguno que le cohiba o le amenace, de hecho y de derecho soberano, árbitro de su propia suerte, el pueblo español no tendría a quien culpar de su caída sino a su propia incapacidad, sin explicación hoy ante el mundo, sin excusa mañana ante la historia.

Las senates administrables de este pueblo, las pruebas de cordura que dio al pasar de la monarquía a la democracia en 1808, y que ha dado al completar ahora la democracia con la República, son prueba segura, segurísima de que tendrá en este libertario periodo electoral aquellos mismos calma y aquel mismo acierto que tuvo en los periodos revolucionarios. Al Poder ejecutivo le toca asegurar la libertad de los electores, a fin de que el resultado de las elecciones sea no solamente legítimo, sino también verdadera expresión moral de la voluntad popular.

Atentar a esta voluntad es crimen siempre, pero es más que crimen, es demencia en los Gobiernos republicanos. La palabra República significa en su acepción más sencilla, el Gobierno de las naciones por sí mismas; y el Gobierno de las naciones por sí mismas tiene su primer fundamento en los comicios. Corromper, viciar, desnaturalizar las elecciones, equivale a corromper, a viciar, a desnaturalizar la República. Desde que el principio de la soberanía popular entrara prácticamente en nuestras instituciones, desde que todas las ideas tuvieron libertad entera para manifestarse por la palabra hablada y escrita para subir por el sufragio universal a las leyes, los Gobiernos debieron limitarse a dejar sus sinceras manifestaciones a la voluntad de los pueblos, asegurándoles la libertad y el orden a la libertad indispensable.

El Gobierno republicano se halla decidido a cumplir este deber, y espera que todos los partidos y todos los ciudadanos en el cumplimiento de este deber se concunden, porque de otra suerte demostraríamos que no somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos; y al demostrar esto, demostraríamos también la imposibilidad de la República, despreciando en el aprecio del mundo a la categoría de los pueblos irremisiblemente perdidos para la libertad.

Aunque la moral y la política no aconsejan al Gobierno la más amplia libertad electoral, aconsejársela el instinto rudimentario de la propia conservación. Este Gobierno ha venido a garantizar contra todos la sinceridad del voto que consagra la República en nuestra patria, y que la organice sobre bases tan distantes de la reacción como de la utopía. El

daño les amenazase o fuerza mayor les cohibiese, y no cree, no puede creer el Gobierno que el pueblo republicano impida en ninguna parte el libre ejercicio del voto público, sabiendo, como sabe, que en este libre ejercicio se encierra la consolidación de la República.

Y no cree, y no puede creer el Gobierno que las dificultades de este periodo de transición amenacent a los ciudadanos en la nación que votó la Constitución de 1801 entre los horrores de la invasión extranjera, la Constitución de 1809 entre los horrores de la guerra civil, y las dos últimas Constituyentes entre la agitación de dos revoluciones armadas y triunfantes. Lo que el Gobierno ve con profunda pena, y denuncia con varonil entereza, es que aquí los partidos más necesitados de la legalidad, prefieren los motines a los comicios, y se desaniman prontamente en la contienda electoral si no les protege la sombra de la pública administración. Y de esta suerte se encuentran los partidos combatiendo siempre por dirigir el Estado, sin curarse de dirigir la opinión, y pasando de dictadores a conjurados, sin más norte que su interés, ni más fin que su engrandecimiento, aunque sea a expensas de la justicia y del derecho. De aquí otro mal todavía más grave, los electores, sin conciencia de su propia autoridad y soberanía, atentos a la señal del Gobierno para votar el candidato que al Gobierno complazca y agrade.

Y mientras dure este mal, durarán las dos más grandes calamidades de nuestro tiempo: las sublevaciones por sistema, los pronunciamientos militares. Y esta sociedad tan desgarrada no tendrá reposo, si en vez de acudir a las instituciones democráticas como a un puerto seguro, acudirá como a un campo de batalla. El Gobierno conjura a los electores de todos los partidos para que acudan a las urnas y formulen su voluntad y su pensamiento. El Gobierno les asegura que no ejercerá ninguna presión ni sobre sus voluntades ni sobre sus conciencias.

El Gobierno quisiera que estuviesen las diversas opiniones representadas dentro de la Cámara en la proporción misma en que se encuentran en el ánimo del pueblo. Si desde las alturas serenas, donde deben permanecer los Gobiernos, ajenos por su naturaleza a las contiendas de los partidos, pudiera dirigirse a estos, el Gobierno se dirigiría a los que siempre han pugnado por establecer la libertad, la democracia en nuestra patria. Y les recordaría que la abstención insensata solo puede conducir a conspiraciones reaccionarias, y que las conspiraciones reaccionarias, si lograsen prevalecer, que es imposible, solo podrían traer la dictadura, un gran eclipse a la libertad, o la restauración, una gran vergüenza para la patria. La República está ya definitivamente unida a la libertad; su causa es la causa del progreso, obsesión oscura, sereno.

Salvándose la República se salva el derecho; sucumbiendo la República sucumbe el derecho con ella. La tabla a que la libertad puede únicamente asirse es la República. Y los partidos liberales de oposición se atrepentarán muy tarde de sus dos errores presentes, primero de haber querido retardar el voto de los comicios, y segundo de haberse negado a contribuir a la mejor y más perfecta organización de la República.

Pero si el Gobierno en verdad no puede dirigirse a los partidos, puede y debe dirigirse a los electores, y a los electores se dirige. Reunidos con calma, discutidos con libertad, enteros de todos los problemas que agitan a las sociedades modernas, elegid a los hombres que os inspiren más fe y más confianza por la pureza de sus intenciones y por la exaltación de su patriotismo. Arbitros sois de vuestro pensamiento y de vuestro voto; si por despecho, o por temor no lo depositais en la urna, no culpéis a nadie de las consecuencias que este suicidio moral pudiera

traeros, culpados a vosotros mismos. El Gobierno confía en la sensatez del pueblo español, confía en la serenidad de su juicio, y espera que, atendiendo a las inspiraciones de su pensamiento, a la voz de su conciencia, acertará a formular los grandes principios de la civilización moderna, y con la victoria de estos principios, a robustecer el derecho de todos y la grandeza de nuestra amada patria.

Madrid 3 de mayo de 1873. — El presidente del Poder ejecutivo, Estanislao Figueras. — El ministro de Estado y Fomento, Emilio Castelar. — El ministro de Gracia y Justicia, Nicolás Salmerón. — El ministro de Termino de la Guerra, Fernando Pierrard. — El ministro de Marina, Jacobo Oreiro. — El ministro de Hacienda, Juan Titán. — El ministro de la Gobernación, Francisco Pi y Suñer. — El ministro de Fomento, Eduardo Chao. — El ministro de Ultramar, José Cristóbal Sorri.

MINISTERIO DE LA GUERRA

El ejército ya a pasar de la esclavitud a la vida libre, del servilismo a la democracia, porque ha pasado de la monarquía a la República, y con la República los soldados son ciudadanos; por lo que no tiene soldados forzosos; pues que el ciudadano es autónomo y la autonomía no se fuerza.

El momento de que no haya soldados forzosos ha llegado ya a la quinta: está abolida, y los soldados que lo son todavía, por aquel sistema injusto tienen su licencia en las cartucheras de las hordas carlistas. Sería cobardía el retirarse sin batir y vencer a los enemigos de la patria y de la libertad, no serían nunca libres; ni hombres, los soldados actuales, si viese el carlismo, y yo tengo la seguridad de que los soldados de la República española no son cobardes, como de qué harán con arrojo y sufrimiento una campaña de pocos días, para retirarse a sus casas con el orgullo de su victoria, y sin tener la eterna vergüenza de haber abandonado la República y la libertad españolas, que hoy les están confiadas y mañana les estarán agradecidas.

El licenciamiento de los soldados actuales, y la formación de un ejército libre de ciudadanos libres, es la base militar de la República que aspiramos a establecer, y la forma que muy pronto ha de tomar el nuevo ejército al terminarse la campaña pirante carlista.

A los militares que no son republicanos les parece imposible salir de la quinta y del servicio forzoso en los ejércitos, mas para los que creemos que el ejército será una parte del pueblo mismo, que se arma y defiende en nombre de todos la patria o la libertad, no ofrece dificultades el crearlo bueno y libre.

No por esto puede tolerarse que el que manda deje su puesto, y su mando faltando a sus deberes, ni que el que obedece se crea libre del respeto y la obediencia, siendo estos extremos con los que no transigire, dando al efecto la autoridad necesaria a exigir estrecha responsabilidad en los mandos que la República confía.

Por lo demás, abandonemos las rutinas que han arruinado la patria, y eclipsado su antiguo esplendor, y siguiendo la corriente de los tiempos, en reguemos a la democracia sin adulteraciones, manifestándolo lealmente los militares que no quieren ser de la República, en la seguridad de que será respetada la opinión de todos, y que no se les privará de ninguno de sus derechos.

Es, en resumen, toda una transformación la que va a sufrir el ejército, pero provechosa al ejército mismo tanto como a la República. Al llegar interinamente a este alto puesto he debido anunciar la idea de borrar los temores a inspirar confianza con la verdad; si el personal del ejército me segunda, pronto llegaremos a tocar los bienes que esta forma de gobierno entraña, quedando yo tranquilo por haber dedicado mis estudios, mi experiencia y mis esfuerzos al establecimiento de la democracia en el ejército y de la magistrada en la República.

Madrid, 2 de mayo de 1873. — Nuestro compañero y ministro interino, Fernando Pierrard.

man, sin rebozo ninguno, la maravilla del teatro.
A una bailarina, murmuró la marquesa de Santa Rosa, con desprecio, agitando su quitá-luz de plumas.
Mademoiselle la baronesa de Saint-Laurence sonrió con malicia, mirando otra vez al marqués de un modo expresivo, poniendo sobre su boca el inmenso bouquet.
Mademoiselle d'Erneville se coloreó, y bajó los ojos al suelo.
Enriqueta cerró los suyos levemente, dejando escapar un dulce suspiro de satisfacción, como si la hubieran quitado de encima del corazón un peso enorme; luego miró a la condesa con expresión que revelaba su inmensa gratitud.
La Torreverde tan solo estaba pendiente, con sumo disimulo, de los movimientos de Osorio, que en sus ojos, en su ligera sonrisa de incredulidad, revelaba todo el convencimiento que tenía del verdadero objeto a quien amaba Enrique.
Pero quien respiró más libremente al oír el nombre de Julieta la bailarina, fué el joven marqués; no miró a nadie, no hizo movimiento de satisfacción, y no obstante esto, la condesa comprendió que le había hecho un gran servicio.
—Veamos, añadió la bella dama, te atreverás a negar esto?
—Elisa, cada uno tiene sus debilidades, y todos los que aquí nos hallamos comprendemos, sin duda, que al corazón no se le imponen leyes, que no se le puede mandar.

vidó del sillón que ocupara cuando entró en el salón particular de la condesa, y hallábase colocado este sillón, detrás del asiento del piano, en que estaba la baronesa.
El marqués Enrique, a una rápida mirada, comprendió que Enriqueta estaba violenta, que sufría mucho, la vio pensarse varias veces pálida como un cadáver, la vio después encendida como la grana, adviniendo aquellas lágrimas que se contenían, aquella necesidad de llorar, vio sus pálidos labios agitados convulsivamente, sus miradas que no se fijaban en ningún objeto, comprendió que algo extraordinario pasaba por ella, y cediendo a la voz de su corazón, cerró los ojos y se acercó a la desgraciada, ocupando un confidente que estaba detrás de su sillón, teniendo aun el sombrero en la mano, olvidando por un instante que Osorio se hallaba en el mismo salón.
A la primera palabra que pronunció el marqués al oír de Enriqueta, extracción se esta, y cediendo a una fuerza irresistible, se volvió para mirarle, pero aquella mirada vaga, distraída, era más bien de reconvencción que de amor.
—Reconvenciones! El marqués la contemplaba con adoración por encima del respaldo de su asiento; jamás había amado de aquel modo; jamás mujer ninguna había conseguido ocuparle hasta el extremo de hacerle olvidar su compostura, y ahora se hallaba delante de jóvenes se-

niñas, en el salón de su hermana, vestido con verdadero abandono.
Enriqueta le miraba cada vez más ofuscada, pareciéndola que delante de sus ojos se extendía un blanco velo que la ocultaba los objetos; olvidaba por un instante que Osorio se hallaba en aquel mismo salón; olvidaba su amor, sus angustias, y gozaba con ver a su lado al marqués, con oír su voz dulce, enamorada que murmuraba en su oído palabras incomprensibles para ella entonces, pero que debían ser muy gratas, porque hacían palpar su corazón.
—Y Osorio?
Había en el salón particular de la condesa de Torreverde una elegante chimenea francesa, verdadera maravilla del arte, cajada de molduras de bronce y de marfil, adornó precioso que parecía delicadamente formado de porcelana, sobre la cual se veía un magnífico reloj dorado, de grande esfera, que corruaba un grupo formado de dos genios, y cerca de él dos candeleros de plata dorada y dos quinqués de una luz, con bombas.
Contra esta chimenea estaba reclinado Osorio, porque hasta allí le había conducido sencillamente la condesa de Torreverde, al disponerse a tocar y cantar las dos jóvenes francesas.
No puede verse figurarse le había dicho la hermosa dama, no puede verse figurarse querido Osorio, el efecto que hace a cierta distancia el piano tocado por la baronesa de Saint-Laurence, y la hermosa voz

—¿Conque es decir que la amas? A una bailarina! Considerado como un pasatiempo, puede pasar; pero de otro modo, es un rasgo de mal gusto; así lo sonaban osorio y —De bajo costado, añadió la marquesa de Santa Rosa, sin cesar de agitar su quitá-luz de plumas, —Lo conozco, y pido perdón por ello; contestó Enrique sonriendo galantemente: hay cosas que no están en nuestra mano su remedio. Me has hecho tracción, Elisa, y no te lo puedo perdonar; porque en adelante me aborrecerán, con razón, la baronesa de Saint-Laurence y mademoiselle d'Erneville, y ya comprenderás que esto no puede serme muy grato, —Y la señora marquesa de Santa Rosa, y mi querida Enriqueta, y yo; todas te aborreceremos.
—Espero que no; al contrario, más bien merezco que se me tenga compasión por verdad, marquesa?
—No, contestó la Santa Rosa, con severidad; disculparla a Vd. si fuere otro el objeto de su pasión, pero una bailarina no una mujer deshonesta, que baile casi desnuda en los teatros! No mereces ni un perdón.
Hizo un gesto de resignación el joven y sonrió de nuevo.
—Pero es una tiranía que yo sólo sufro el peso de la conversación, estando presentes tantas hermosas damas; saludó con gloria a la maravilla artística que Madrid roba a París, dijo a la baronesa de Saint-Laurence.

—¿Conque es decir que la amas? A una bailarina! Considerado como un pasatiempo, puede pasar; pero de otro modo, es un rasgo de mal gusto; así lo sonaban osorio y —De bajo costado, añadió la marquesa de Santa Rosa, sin cesar de agitar su quitá-luz de plumas, —Lo conozco, y pido perdón por ello; contestó Enrique sonriendo galantemente: hay cosas que no están en nuestra mano su remedio. Me has hecho tracción, Elisa, y no te lo puedo perdonar; porque en adelante me aborrecerán, con razón, la baronesa de Saint-Laurence y mademoiselle d'Erneville, y ya comprenderás que esto no puede serme muy grato, —Y la señora marquesa de Santa Rosa, y mi querida Enriqueta, y yo; todas te aborreceremos.
—Espero que no; al contrario, más bien merezco que se me tenga compasión por verdad, marquesa?
—No, contestó la Santa Rosa, con severidad; disculparla a Vd. si fuere otro el objeto de su pasión, pero una bailarina no una mujer deshonesta, que baile casi desnuda en los teatros! No mereces ni un perdón.
Hizo un gesto de resignación el joven y sonrió de nuevo.
—Pero es una tiranía que yo sólo sufro el peso de la conversación, estando presentes tantas hermosas damas; saludó con gloria a la maravilla artística que Madrid roba a París, dijo a la baronesa de Saint-Laurence.

SECCION POLITICA.

UN MANIFIESTO EXTEMPORANEO.

Quando solo faltan seis dias para que se abran los comicios, antojase al llamado Poder ejecutivo de la Republica española dirigirse en un manifiesto á los electores; todo con el plausible fin de hacerles comprender la grandisima importancia del período electoral y lo trascendental del presente por la mision especialísima que están llamadas á desempeñar las inmediatas Cortes, que han de ser su producto.

Trasunto fiel en su espíritu de cuantos documentos de esta naturaleza se han publicado en el periódico oficial, el que hoy inserta halaga al cuerpo electoral recordándole la calma y el acierto con que hizo uso de su derecho. Inculcando de una manera grosera á los poderes que le precedieron, se ve dominar en ella las más calumniosas suposiciones, siguiendo la mezquina senda que abrió el partido radical para ocultar por este medio lo bastardo de su origen y lo inicuo de sus procedimientos.

Auncho campo nos ofrece el manifiesto para devolver una por una las injurias que contiene y hacerlas recaer sobre las frentes de los que lo firman; pero no es aún la hora de los severos cargos, ni aun de templadas y tranquilas discusiones. Más oportuno nos parece desvanecer ciertas esperanzas, arrancando la hipocrita careta con que hoy se encubre el Poder ejecutivo, para arrastrar, si es posible, á las urnas al cuerpo electoral, ofreciéndole una libertad mentida y garantías que no pudo jamás prestarle. Le es indispensable que sancione todas las debilidades en que ha incurrido y se absuelva de las tropelías que ha cometido; más trascendental á fe que podría serlo la abstención de los partidos que han sido víctimas, y de los elementos que se ven amenazados por la intemperante soberbia del republicanicismo dominante.

El Gobierno de la Republica, poder transitorio llamado bajo la inmediata dirección de la Asamblea á soldar la legalidad que espiró el 11 de febrero con la que habrán de crear las próximas Constituyentes, ha hecho traición á su origen, y bastaría esta circunstancia para producir la desconfianza general, para que los electores temieran, y con fundamento, que el poder usurpador que hoy le brinda con la libertad, lo abandonaría á manos de aquellos mismos de quienes se sirvió para faltar á mansalva á la fe de sus promesas y á la ley de su propia existencia.

Y si esto no fuera suficiente, si no hubiéramos visto disuelta la comisión permanente de la Asamblea catalana; si no hubiéramos presenciado el desarme de la milicia ciudadana con fútiles pretextos; si no asistiéramos á esa persecución sistemática, vejatoria, inícuca, contra cuanto hay visible en los partidos ó tiene una reputación política en el país, bastaría el empeño con que ese Gobierno se interesa en llevar á cabo las elecciones en medio de la perturbación general y cuando todo se ha preparado cuidadosamente para conseguir una mayoría que la opinion pública habría de negarle, si á la opinion pública de buena fé el Gobierno se encomendara.

La guerra civil, cada vez más vigorosa, arde en nueve provincias, sin que basten á contenerla las disposiciones dra-

conianas del Gobierno, ni las arbitrariedades de sus agentes.

Las provincias andaluzas se encuentran bajo la presión de la democracia roja, y en ellas se reparte la propiedad, se despoja al ciudadano indefenso y se persigue por sus opiniones á cuantos tienen la desgracia de no querer cubrir su cabeza con el gorro frigio, ú ofrecen alguna resistencia á las exigentes exacciones de los agentes municipales.

No hay una sola entre las provincias restantes que no estén gobernadas por los clubs y los comités federalistas, que como soberanos se imponen á las autoridades, recordándonos las épocas más tristes y azarosas de las más encarnizadas reacciones.

El Poder ejecutivo ofreció matar la disciplina en el ejército y la erige en sistema; dar toda su autoridad á la administración de justicia y la desprestigia haciéndola instrumento de persecución; refrenar el movimiento anárquico que separa de su obediencia á muchas provincias y la fomenta con su tolerancia; garantizar el orden social, cada día más perturbado y próximo á desaparecer por la impotencia del poder. ¿Es este el terreno en el cual deben presentarse los partidos para que el resultado de las próximas Cortes sea, no legítima, sino verdadera expresión moral de la voluntad popular?

Y aun en el caso de que pudiera dominar tantas contrariedades, ¿qué garantías de legalidad ofrece á los electores el poder que principia por romper todos los lazos que le unian al que dió ser y vida? ¿Los ministros oyendo en audiencia privada á los candidatos que le ofrecen su adhesión; los gobernadores deponiendo á las corporaciones municipales y provinciales que, aunque de origen popular, estorbaban, sin embargo, á los propósitos electorales de sus amigos políticos; el santo ministerio de la justicia completamente desprestigiado, y sus sacerdotes amenazados por una medida revolucionaria que los priva de sus inmunidades y derechos; el presupuesto en mano de los federales, y la administración pública á disposición de los mismos; ¿habrá quien quiera luchar en los comicios, á pesar de las protestas de estricta neutralidad de libertad y de respeto que á todas las opiniones ofrece el Poder ejecutivo?

No y mil veces no. En el lodazal de ilegalidades y atropellos en que la situación se revuelve, los partidos honrados, los que no faltan á la fe pública, los que no engañan ni falsean la opinion, los que no ven con indiferencia que se rasguen las entrañas de la patria á cambio de un triunfo efímero, deben abstenerse de penetrar en él, y antes que ir á los comicios correr todos los riesgos con que se les amenaza.

¡Que vayan á votar los federales!

EL SECRETARIO DE LA GUERRA

Antes habian abandonado todos sus asientos, cada cual atento á lo que más llamaba su atención en aquellos momentos en que algunos estaban á la boca de un volcan, próximo á estallar.

El salón de la condesa de Torreverde presentaba el golpe de vista que ofrecen todas las pequeñas reuniones de buena sociedad en familia. Mlle. la baronesa de Saint-Laurence recorría las teclas del piano, sentada delante de él; Mlle. de Erneville se disponía á cantar, luciendo su estatura un poco elevada, vestida de blanco, elegante en su sencillez, y por todo adorno en su cabeza los rubios cabellos, primorosamente rizados. La marquesa de Santa Rosa ocupaba un elegante sillón á la derecha de la baronesa, cerca del piano, jugando con su quita-luz de plumas, que llevaba sujeto en la muñeca de su brazo izquierdo, y mirando continuamente al grueso marqués su esposo, que, colocado detrás de ella, descansaba sobre el respaldo del sillón el codo de su brazo izquierdo, jugando al mismo tiempo con el lindo bouquet de Mlle. Saint-Laurence, que esta había dejado sobre el piano; para tocar, sin obedecer á las miradas de la altiva marquesa.

Enriqueta de Sandoval no se había mo-

la guardia de Fernando VII, supuesto que su padre, el brigadier D. Santiago, que primero mandó los lanceros del ejército real, ó lanceros llamados de Fernando VII, fué elegido para el mando de los granaderos á caballo de dicha guardia.

Aún se conserva algun veterano que hace respetuosos elogios del grave coronel Pierrard, padre, quien emigrado á España cuando la revolucion francesa, en cuya nacion servía en el ejército, prestó buenos servicios en nuestra guerra de la Independencia, y habiendo tenido el aprecio del rey Fernando, este hizo donación á su familia de una posesion del sitio real de la Isabela.

Ya hemos dicho que el nuevo general de este apellido, pertenecía cuando la guerra civil á la guardia, y sus compañeros de entonces, recuerdan aún, festivamente, ciertas ocurrencias de su antiguo camarada, más inocentes que graciosas.

Dotado Pierrard de una calma sin ejemplo, más parece por su temperamento, que es de origen inglés que francés, y á sus inocentadas y á su calma debe mucha parte de su carrera.

Cuentan, que estando tomando baños en la posesion de la Isabela, fué asaltada la casa de campo en que se encontraban los hermanos Pierrard, por los carlistas de la otra guerra civil.

El hermano mayor, entonces capitán de la guardia real, condecorado de las sendas y bosques que partían del caserío, pudo evadirse solo y á pié de las manos de los asaltantes, cosa que le produjo un ataque cerebral que le tuvo á las puertas del sepulcro; pero el D. Fernando, con su calma estoica, se dejó hacer prisionero, lo qual, pasados algunos meses, le valió el empleo de capitán.

Andando el tiempo y ascendido á comandante por un episodio de una carta escrita á un ministro, por los años de 1850 á 53, se encontraba de resaca cuando la sublevacion de 1854 en el campo de Guardias, y otra inocentada le trajo á las manos el empleo de coronel de un solo salto.

Veamos cómo la refiere un testigo ocular: "Encontrábanse formados en son de pelar las tropas de Blaser frente al arroyo Abromigal, cuando se presentó Pierrard, menor, vestido de paisano cerca de un escudron de Villaviciosa, y dirigiéndose á él el capitán que le mandaba, le dijo: ¿qué trae Vd. por aquí? Pierrard, con su calma habitual, le contestó: me voy con los de O'Donnell; ¿qué hacen Vds. que no se largan tambien? El capitán le aconsejó que se marchase antes que los jefes se enterasen de sus intenciones; pero replicando y volviendo á insistir delante de la tropa que por qué no se pasaban, fué hecho preso y conducido á Madrid por un agente de policia que se hizo cargo de su persona."

Vencido el Gobierno en aquella revolucion, Pierrard solicitó el pase á carabineros del reino, donde estuvo hasta que emigró á Francia con su hermano don Blas ya general.

Tomó parte en la incursion que produjo el combate de Llinás, y en la revolucion del 68 se presentó como coronel emigrado.

Volvió á emigrar á Portugal, cuando las ocurrencias de Béjar, y todas estas peripecias, le han valido para ser ascendido á general y secretario de la Guerra, cuyas funciones ha principiado á desempeñar despojando la secretaría hasta de los tinteros, como suele decirse.

No sabemos si alguna otra inocentada como las anteriores, servirá á D. Fernando para llegar á la categoria de Pontífice de la milicia española; pero tambien puede ser que diga para sus adentros, por grandes, por anchos que estos sean, que á la tercera va la vencida.

Tales son, los apuntes biográficos que hemos podido recoger de las diversas conversaciones de que se ocupan los antiguos y modernos compañeros del señor Pierrard.

Todas las iras del radicalismo, todo el despecho de los arrepentidos, ha descargado sobre el Sr. Rivero. Todos la acusan de haber sido el único que conspiró para establecer la Republica en cuanto cayera D. Amadeo; todos le tachan de inconsciente, y tal es la lluvia de comunicados y protestas de los prohombres del radicalismo, que no parece sino que el Sr. Rivero y sus amigos particulares fueron los únicos en votar la Republica.

Ya se ha olvidado, cuán pronto se olvidan aquí las cosas, que no hubo un solo radical que protestase seriamente contra la forma insólita de ser admitida la renuncia de Amadeo; que tratase de salvarmonarca ó monarquía, que protestase, en fin, contra la conculcacion de todos los preceptos constitucionales llevada á cabo en una sola sesion. Los hombres que, como Córdoba y Echegaray, pasaron de ministros de Amadeo á ministros de la Republica; los que, como Becerra y Salmeron (D. Francisco), no tenían inconveniente en prestarse á una transformacion tan profunda como la del 11 de febrero, parecen haberse olvidado de todo, y hasta el mismo Sr. Ruiz Zorrilla, que pudiendo y debiendo salvar la monarquía, bien facilitando la formacion de un nuevo ministerio bien resistiendo á los republicanos, para lo cual tuvo fuerzas y tiempo sobrados (tres dias y 80,000 hombres) se arrojó autorizado para rechazar toda conivencia en aquellos sucesos y arrojar toda la responsabilidad sobre el Sr. Rivero y sus 20 ó 25 amigos.

Al menos así lo hace entender el secretario de la presidencia de aquel ministerio, D. Juan Manuel Martínez, en un largo comunicado que hoy publica La Republica Democrática, que no podemos reproducir hoy por su extensión, y en el que se revela una grande animosidad contra el entonces presidente del Congreso. Acusábase en él de haberse negado á suspender la apertura de la sesion del 10, y de desempeñar un doble papel en Palacio y en las Cortes. No somos amigos del Sr. Rivero, antes bien, hemos atacado muchos de sus actos; pero al ver la iracundia con que sobre él se descarga toda la responsabilidad que pesa sobre el partido radical en masa, no podemos dejar de oponer á esas acusaciones la verdad de los hechos.

Hable el Sr. Rivero y hágase de una vez la luz sobre este asunto que tanto importa á la historia y á la posicion de las personas que tomaron parte en los referidos sucesos; que no porque á los radicales les saliera mal la jugada del 11 de febrero, es fuerza consentir en que nos presenten las cosas tal y como tengan por conveniente.

Mientras los federales de provincias han tenido fija su atencion en Madrid esperando batallas y choques sangrientos, todo ha ido bien por allá; pero apenas perdida esa esperanza ha empezado la mari-morena.

El lunes estuvieron las tropas sobre las

armas en Sevilla á consecuencia de los rumores alarmantes que circularon: el martes sucedió lo propio en Granada; el miércoles pasó revista el segundo cabode Cataluña á los cuarteles de Barcelona por creerse, según una carta de aquella capital, que vá á pasar algo extraordinario en las tropas del Principado y muy especialmente en las de Barcelona.

Estas no son más que alarmas; los atentados y hechos escandalosos forman más largo catálogo.

El 28 se reunen los federales en Almería, y fusil en mano ocupan las casas consistoriales, destituyendo al ayuntamiento y nombrando una junta en su reemplazo. Los ruegos del gobernador civil fueron recibidos tan favorablemente, que el gobernador militar tuvo que ponerse al frente de las escasas tropas de la guarnicion é intimar á los junteros que se disolviesen en el término de dos horas, si no querían pasarlo mal. Esta razon convenció á los amotinados y abandonaron el local, disolviéndose la junta.

El 30 se reunieron en las afueras del barrio de la Trinidad, de Málaga, unos 200 voluntarios para dirigirse á Antequera, no se sabe con qué objeto, aunque se tiene por seguro que iban á obrar de acuerdo con los voluntarios de la segunda de dichas poblaciones. Práso el jefe de los expedicionarios, parece que iban á salir fuerzas de orden del gobernador para detener á las que estaban en combinacion con las de Málaga.

En carta de Motril fechada el día 26, dicen que los vecinos de Guajar, Paragüit y Fondon, los del ultimo pueblo, con su alcalde á la cabeza, han asaltado en grandes masas y armados las propiedades acotadas arrancando los espantales, echando á tierra las mojoneras, cometiendo cuantos atropellos han querido.

El sábado último se amotinaron los vecinos de Grazalema, invadiendo el interior del ayuntamiento y pidiendo la destitucion de los señores de la casa de la Realidad, llevada á cabo por las turbas, formaron una junta revolucionaria la que no se sabe todavía que haya sido disuelta.

En la noche del 24 un grupo de voluntarios armados se apoderó de la administración de rentas de Rivero; sin que al parecer hubiesen recibido orden de nadie para realizar la ocupacion.

En la mañana del 24 el mismo grupo se apoderó tambien de la estacion telegráfica y pidió la destitucion del ayuntamiento, cuyo presidente hizo entrega del mando al comité republicano, levantando un acta en que hizo constar que cedía por no tener fuerza pública con que rechazar la imposicion.

Por último, el lunes, según el Diario de Córdoba, arrollaron más de 20 hombres algunas posesiones de la sierra de aquel término, cortando madera, amenazando á los guardas y cometiendo otros excesos.

Creemos que bastan los hechos expuestos para demostrar que España está hecha una bolsa de aceite.

El ciudadano general á quien el Poder ejecutivo ha confiado la dirección de los asuntos militares, y que nos dio ayer en la Gaceta la primera muestra de sus talentos, se despacha hoy con una circular programa dirigida á los soldados, mejor escrita de lo que pudiera esperarse del ministro interino de la Guerra, pero cuyos conceptos son tan oscuros que no es capaz el mismo general de desenvolvelos.

—¿Se burla Vd.? contestó la jóven, aspirando siempre los perfumes de su soberbio bouquet. —No lo acostumbro nunca de la belleza y mucho menos del talento; es Vd. artista sin dejar de ser dama; delante de un piano rivaliza Vd. con Dholer; lo sé muy bien. —No recibo la lisonja, marqués; contestó la linda francesa. —Pruebe Vd. que no es justicia, añadió el jóven, señalando al piano. La baronesita no se hizo de rogar, como sucede generalmente con las aficionadas; abrió con resolucion el piano, dejó sobre él su bouquet, apartó un precioso quinqué de plata, que sobre aquél estaba encendido, y sentándose en la banquetta, empezó á recorrer las teclas con verdadera coqueteria francesa, lanzando expresivas miradas al marqués Enrique. Empezó á tocar; el marqués se había mostrado muy galante al juzgar el mérito de Mlle. la baronesita de Saint-Laurence, porque había algo de notable diferencia entre ella y Dholer; con quien la comparaba. Tocaba una fantasia sobre temas de Lullu, y aquellas armonías dulcísimas iban derechos al corazón de Enriqueta; cual ecos de su dolor, como secundando su pena. Cuando la baronesita concluyó, los parientes y los bravos de todos fueron á lisonjear su vanidad. La condesa la abrazó y besó sus mejillas con sumo afecto.

A los ruegos de los marqueses de Santa Rosa y de Elisa de Torreverde, levantóse Mlle. d'Erneville, acercóse al piano, cuyas teclas recorría la baronesita de Saint-Laurence, y se dispuso á cantar acompañándola aquella. Antes habian abandonado todos sus asientos, cada cual atento á lo que más llamaba su atención en aquellos momentos en que algunos estaban á la boca de un volcan, próximo á estallar. El salón de la condesa de Torreverde presentaba el golpe de vista que ofrecen todas las pequeñas reuniones de buena sociedad en familia. Mlle. la baronesa de Saint-Laurence recorría las teclas del piano, sentada delante de él; Mlle. de Erneville se disponía á cantar, luciendo su estatura un poco elevada, vestida de blanco, elegante en su sencillez, y por todo adorno en su cabeza los rubios cabellos, primorosamente rizados. La marquesa de Santa Rosa ocupaba un elegante sillón á la derecha de la baronesa, cerca del piano, jugando con su quita-luz de plumas, que llevaba sujeto en la muñeca de su brazo izquierdo, y mirando continuamente al grueso marqués su esposo, que, colocado detrás de ella, descansaba sobre el respaldo del sillón el codo de su brazo izquierdo, jugando al mismo tiempo con el lindo bouquet de Mlle. Saint-Laurence, que esta había dejado sobre el piano; para tocar, sin obedecer á las miradas de la altiva marquesa. Enriqueta de Sandoval no se había mo-

de Mlle. d'Erneville; oigámoslas desde aquí, y seguramente que me dará Vd. las gracias, Vd. que es tan amante de la perfeccion en las bellas artes, á quien agrada tanto el efecto completo de la música; desde aquí vamos á gozar mucho, al menos Vd., querido Osorio. El conde intentó contestarla con una sonrisa, pero todo su disimulo, toda su diplomacia le faltó en aquella ocasion; lo que sufría eran mil muertes en cada minuto, porque un fuego extraño le consumía, advinando las palabras que el marqués podía dirigir á su esposa, y temiendo que disimular, por respeto á sí mismo y á los que le rodeaban. La chimenea le servía de apoyo; la condesa seguía hablándole, con acento hasta tierno, los ojos clavados en el suelo, fingiendo confusion ó modestia, harto extraño en ella, procurando llamarle la atencion; pero Justo no entendía sus palabras, no oía más que un rumor confuso cerca de sí, y aunque se inclinaba ligeramente, como escuchando, no la atendía, no la distinguía, las ideas se amontonaban, se chocaban en su imaginacion, y no veía en todas partes más que á Enriqueta y al marqués, y conocía que se ponía en ridiculo á sus mismos ojos, que tocaba justamente con lo mismo que le ataraba, con lo mismo que quería evitar. La sangre ardía en sus venas, su cabello se erizaba, se emblandecía, y pareciale que le desgarraban el corazón. Aquel hombre tenía á los cuarenta años

—Basta, hermana! murmuró Enrique, palideciendo de rabia. Enriqueta sintió que por sus venas corría un sudor frío; creyó que el escándalo se acercaba, pero no podía convencerse de que su amiga la condesa fuera á venderle así, si efectivamente había advertido la verdad. Osorio se había cruzado de brazos en su asiento, y con su mirada de aguiñadominaba completamente el grupo de las damas y el marqués. Nada se le escapaba á la Torreverde en cuyos labios rodaba la más dulce de las sonrisas; al mismo tiempo que pareciba su mirada sobre todos. —No, Enrique; no; basta; quiero revelar quién es el objeto de esa passion de mal gusto, porque no tiene el don de Dios; vosotros los carlistas, los liberales, y si no, diga Vd. marqués, ¿no merece castigo el que pone su amor en una mujer indigna de él? —Indigna? exclamaron á la vez, sin poder contenerse, Justo y Enrique, desde que la sonrisa de la condesa era cada vez más dulce y más expresiva. —Sí, querido Osorio, indigna, lo he dicho, y no me arrepiento; porque Vd. es ese perverso, después de una vida consagrada al placer, á la disipacion, ha venido á amar... —¿A quién? dijeron todos, menos Enriqueta. —A una bailarina, á Julieta, la deshonesta Julieta, á la que esos señores llaman

Diario mercantil y guía de Madrid.

MERCADOS RACIONALES
MES DE MAYO
Alicante. 1.—Trigo, de 40 1/4 y de 45 1/4...

Malaga. 1.—Trigo, de 40 1/4 y de 45 1/4...
Valencia. 1.—Trigo, de 37 1/2 y de 39...

OFICINAS
Colegio de Procuradores, plazuela de la Lena...
Dirección general de Contabilidad y Hacienda...

OFICINAS
Facultad de farmacia, calle del mismo nombre...
Dirección general de Beneficencia, Puerta del Sol...

OFICINAS
Oficina de 10 1/2 y de 11 1/2...
Oficina de 10 1/2 y de 11 1/2...

SANTO DE MANANA
EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

BIBLIOTECAS
Biblioteca del colegio de Abogados, Carrera de San Jerónimo...

OFICINAS
Dirección general de Correos y Telégrafos...
Dirección general de Admisión en el Ministerio de la Gobernación...

OFICINAS
Juzgado de primera instancia, salones Reales...
Juzgado de lo civil, calle de Atocha...

OFICINAS
Dirección de Administración Militar, calle de Alcalá...
Dirección de Correos y Telégrafos, calle de Alcalá...

LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE
FUNDADO EN 14 DE MARZO DE 1869 POR DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ

CIRCULACION
España.—Francia.—Bélgica.—Inglaterra.

PRECIOS DE SUSCRICION
España.—Francia.—Bélgica.—Inglaterra.

PRECIOS DE SUSCRICION
España.—Francia.—Bélgica.—Inglaterra.

PRECIOS DE SUSCRICION
España.—Francia.—Bélgica.—Inglaterra.

PRECIOS DE SUSCRICION
España.—Francia.—Bélgica.—Inglaterra.

PRIMER DEGRUBIMIENTO DEL MUNDO
Los de los conocidos desde su origen...

EL LIBRO DEL PUEBLO
POR D. MANUEL HENAO Y MUÑOZ
Adogado de los Ilustres colegios de Ciencias y de Madrid...

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY
COMPANIA DE NAVEGACION
VAPORES CORREOS INGLESES

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY
COMPANIA DE NAVEGACION
VAPORES CORREOS INGLESES

REUMATISMO CURADO RAPIDAMENTE
El reumatismo es una enfermedad que...

CARRON, ANTIGO Y ACREDITADO
dentista en las operaciones de la boca...

LA CASA DE MATIAS LOPEZ
CUENTA 25 AÑOS DE EXISTENCIA
Los artículos que en ella se confeccionan...

LA CASA DE MATIAS LOPEZ
CUENTA 25 AÑOS DE EXISTENCIA
Los artículos que en ella se confeccionan...

LOS BORBONES
ANTE LA REVOLUCION
POR DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ

LOS BORBONES
ANTE LA REVOLUCION
POR DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ